



LOS MAGOS DE LA GUERRA

Ocultismo y espionaje
en el Tercer Reich

ÓSCAR HERRADÓN



CÚPULA ENIGMAS

ÓSCAR HERRADÓN

LOS MAGOS DE LA GUERRA

Ocultismo y espionaje
en el Tercer Reich

CÚPULA ENIGMAS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Óscar Herradón Ameal, 2014
© de las fotografías de cubierta: Shutterstock

Primera edición: mayo de 2014

© Scyla Editores, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Editado por Timun Mas
Libros Cúpula es marca registrada por Scyla Editores, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-1922-8
Depósito legal: B. 10.315-2014

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Introducción	11
1. Adolf Hitler, el anticristo del siglo xx	15
Un nacimiento que cambiaría el mundo	15
La forja de un carácter inestable y vengativo	25
Los cimientos del Partido Nazi	28
Un dulce encierro	31
La senda hacia el poder absoluto	38
2. Hitler y Churchill: la guerra total	41
El mesías de la esvástica	41
El «espíritu de la bondad»	45
Un nuevo gran Orden Mundial	60
Winston Churchill, el guía de la libertad	61
El ritual del Minuto Silencioso	70
3. Hanussen, el profeta del nazismo	75
Un cadáver a la luz de la luna	77
Una infancia miserable	78
Primeros pasos en el mundo del espectáculo	82
En el campo de batalla	90
Un largo camino hacia el éxito	93
Un ilusionista de renombre	98

Flirteando con las SA	102
El «chamán» de Hitle	107
El Palacio del Ocultism	113
Un trágico destino	115
4. La odisea británica de Rudolf Hess	121
La familia Haushofer, un enigma histórico	122
La Logia Luminosa o Sociedad Vril	124
El mentor de Rudolf Hess	128
El ascenso en las filas del Partido	131
¿Agente doble?	134
Orquestando una operación de espionaje	139
Volando hacia la boca del lobo	140
El enigma Windsor	144
5. Operación «cazar al viceFührer»: el complot ocultista	149
El ocultismo en jaque	151
Los servicios de Inteligencia británicos	156
Amor por el espionaje	160
Falsos informes, propaganda negra y desinformación	162
El final de la familia Haushofer	164
El extraño inquilino de Spandau	167
6. La guerra mágica	175
Aleister Crowley, <i>Superagente 666</i>	175
Una ceremonia mágica en el bosque	184
La Fraternidad de la Luz Interior	187

7. El mago negro del Tercer Reich	195
La Orden de los Caballeros Teutónicos	201
Las SS: una organización mística y pagana	204
Karl Maria Wiligut, el Rasputín del Tercer Reich	206
Un linaje secreto	214
Del psiquiátrico a gurú del nazismo	217
Wewelsburg, la fortaleza del terror de las SS	219
El poder de las runas	223
La Sociedad Herencia Ancestral y otros proyectos delirantes	224
8. Profecías y visiones: la guerra de las estrellas	231
Los horóscopos del Führer	237
Karl E. Krafft, el intérprete de los astros	240
Louis de Wohl, novelista, espía y astrólogo	244
9. Jasper Maskelyne, el ilusionismo como arma bélica	251
La magia como tradición familiar	251
Un singular encuentro en Londres	257
Días de entrenamiento	261
Rumbo al desierto	264
Tanques camuflados	268
Alejandría, la ciudad y el espejismo	275
El canal de Suez... invisible	280
El Alamein y el truco final	285
10. El astrólogo de Heinrich Himmler	289
Danzando con los Cuerpos Libres	293

En las intrincadas redes de la Orden Negra	301
El Departamento de Inteligencia de la Marina	303
Operación Roble: encontrar al Duce	306
Una guerra mágica en los últimos días del Reich	308
Armas maravillosas y otros ensayos «mágicos»	313
El último aliento	317
Epílogo mágico	323
Bibliografía	329
Agradecimientos	335

1

ADOLF HITLER, EL ANTICRISTO DEL SIGLO XX

De las cenizas de la Gran Guerra se alzó un personaje que hasta entonces había sido insignificante. Apenas un desconocido a principio de los años veinte, una década después se había convertido por caprichos incomprensibles del destino, en el hombre más poderoso de Alemania, y puso en jaque a las democracias de toda Europa. Su solo nombre inspira terror: Adolf Hitler. A punto de conquistar el mundo, sus delirios megalómanos fueron frenados por las potencias aliadas en una guerra total, pero su rastro de sangre y destrucción sigue siendo visible aún hoy.

Un sendero de locura y muerte que, para muchos, ya había sido vaticinado siglos antes del ascenso del Führer al poder. Pero antes hagamos un pequeño esbozo de la existencia de un auténtico desconocido, que, en su juventud, se vio obligado a vivir algún tiempo de la beneficencia, pero que acabó convirtiéndose en el dueño de medio mundo en tan sólo doce años y unos meses. Unos años que fueron, no obstante, los más devastadores de la historia humana, y que él, con sus delirios místicos y su concepción dualista de la historia, pensaba que se prolongarían un milenio en un Reich de hombres arios y puros. Una utopía sanguinaria que causó millones de muertos bajo los brazos quebrados de la cruz gamada.

Un nacimiento que cambiaría el mundo

Adolf Hitler vino al mundo el 20 de abril de 1889 en la localidad austríaca de Braunau am Inn, en una zona fronteriza cerca de

Linz. Con los años, el dictador vería el hecho de haber nacido en un lugar muy cercano a Alemania como algo providencial, conforme a su ideario mesiánico. En aquel entonces, Braunau era célebre por ser el lugar de nacimiento de un número importante de médiums; es más, se dice que Hitler tuvo la misma nodriza que dos famosos «canalizadores» de esos días: Rudi y Willi Schneider.*

El pequeño Adolf pertenecía a una familia de clase media baja. Su padre, que marcó fuerte y negativamente su personalidad, era un funcionario de aduanas llamado Alois Hitler, y su madre, Klara Pölzl, por la que siempre sintió una devoción especial, era, al parecer, prima segunda de éste, lo que les obligó a pedir una dispensa papal para contraer matrimonio.

La vida de Alois estuvo marcada por los desencuentros familiares y amorosos. Su apellido original era Schicklgruber, el de soltera de su madre, Maria Anna, pero en 1876, siendo ya suboficial de aduanas, quiso adoptar el de su padrastro, Johann Georg Hiedler. Así, se presentó ante un sacerdote en Döllersheim para solicitar el cambio, y las autoridades civiles admitieron la modificación de los registros. El cambio oficial, registrado en la oficina gubernamental de Mistelbach en 1877, lo convirtió en Alois Hiedler, apellido que no tardó en germanizar como Hitler. Como tantas otras veces en la historia, esa variación nominal se convirtió en una auténtica transformación que influyó en el futuro no sólo de su familia sino en el del mundo entero.

No obstante, existe bastante consenso en considerar que Johann Georg Hiedler no fue el padrastro de Alois sino su verdadero padre biológico, pero esas confusiones sobre sus orígenes y la transformación del apellido dieron pie a afirmar que los ancestros de Adolf, además de inciertos, tenían un origen judío. El mayor antisemita de la historia habría perseguido, por tanto, a su

* Esta información se encuentra en el libro *Alianza maléfica*, del autor norteamericano Peter Levenda. Este autor indica que el hecho de que el mismo Hitler pudiera haber sido un médium: «Es una afirmación hecha por muchos de sus amigos personales y otros observadores, quienes describieron al Führer en términos que van desde “hipnótico” y “poseído por el demonio”, hasta “Príncipe de la Oscuridad”, todos ellos términos incluidos, no obstante, en trabajos demasiado aventurados».

propio pueblo. No parece demasiado probable que eso sea cierto, aunque a día de hoy la pregunta sigue en el aire.

Cuando Hitler ya se había convertido en una amenaza para las potencias democráticas, los servicios de Inteligencia de países como Francia o Inglaterra comenzaron a indagar los ascendientes familiares del líder germano en busca de un pasado hebreo, con la intención de desprestigiarle ante un pueblo al que vendía una Alemania sin judíos. La contrapropaganda, la desinformación y la propaganda negra fueron algunas de las armas más eficaces que se emplearon en la guerra, y contribuyeron a generar una gran confusión que, a día de hoy, complica mucho el trabajo a los investigadores.

El apellido original de su padre, Schicklgruber, fue la fuente de numerosos rumores cuando Hitler llegó al poder en 1933, una propaganda que partía de sus enemigos políticos; éstos afirmaban que la madre de Alois, la abuela paterna de Adolf, Maria Schicklgruber, había concebido a aquél tras mantener relaciones con un judío en cuyo domicilio había trabajado como sirvienta (al parecer, un muchacho de tan sólo diecinueve años apellidado Frankenberger).

Es una tesis tentadora que suele cobrar fuerza cada cierto tiempo, aunque no está definitivamente probada. En 2010, los medios de comunicación se hicieron eco de un estudio que arrojaba datos interesantes, aunque no concluyentes, sobre la ascendencia de Hitler. Según recogía el diario *The Daily Telegraph*, tras una ardua búsqueda, el periodista belga Jean-Paul Murders y el historiador Marc Vermeeren habían encontrado a treinta y nueve familiares del líder nazi, incluyendo a uno de sus primos, un campesino austríaco, y les habían tomado muestras de saliva, a las que se les hizo un análisis de ADN. Los datos que arrojaron estos análisis fueron muy interesantes, ya que las muestras contenían un cromosoma muy poco frecuente en Europa Occidental, pero sí común entre los habitantes originarios de Marruecos, Argelia y Túnez, así como entre la comunidad judía.

Aunque esto no implica que Hitler tuviese sangre hebrea o que compartiera la ascendencia de aquellos a los que consideraba miembros de «razas inferiores», lo cierto es que la noticia

causó revuelo en los medios, que publicaron titulares como: «Hitler tenía raíces judías y africanas». Jean-Paul Mulders, en la revista belga *Knack*, que publicó los resultados de la investigación, escribió que: «A partir de ese supuesto, se puede concluir que Hitler estaba relacionado con personas a la que despreciaba». Por su parte, Ronny Decorte, un especialista en genética de la Universidad de Lovaina, apuntó que «se trata de un resultado sorprendente» y añadió que: «La preocupación de Hitler por sus orígenes estaba justificada. Los análisis demuestran que él tampoco era un ario puro».

La mayoría de los investigadores continúa sosteniendo, no obstante, que Hitler parece descender de una estirpe claramente germánica, a pesar de tener un aspecto diametralmente opuesto al ideal «ario», rubio, alto y de ojos azules, que postularía más tarde la propaganda nazi. Sin embargo, esto no era tan extraño, a diferencia de en otros lugares, en el Imperio austrohúngaro, donde abundaban las diferentes nacionalidades y se hacía una clara distinción entre ellas.

La moral de entonces rara vez permitía la mezcla racial. No olvidemos que, aunque más tarde fuera azote de la Iglesia, Hitler fue educado en la fe católica, y su madre, a la que veneraba, era una devota practicante. Existen, además, pruebas del temprano antisemitismo de Hitler, probablemente heredado de su padre, un oficial prusiano de marcado nacionalismo. El odio hacia los diferentes y los judíos era, por tanto, casi una herencia familiar.

Aunque por su autobiografía parece deducirse que era hijo único (tras la muerte de sus progenitores, la relación con el resto de su familia fue prácticamente nula), lo cierto es que en los años inmediatamente anteriores a que él viniera al mundo nacieron Gustav, Ida y Otto, aunque todos ellos murieron durante la infancia. Más tarde nacieron Edmund y Paula. Además, Adolf tenía dos hermanos de un matrimonio anterior de su padre, Alois y Angela. Sin embargo, parece indudable que su madre, Klara, lo consideró su hijo predilecto y le consintió todos los caprichos.

A pesar de no padecer dificultades económicas gracias al trabajo de su padre como funcionario de aduanas, la infancia de

Adolf transcurrió en un ambiente inestable, con continuos cambios de domicilio y frecuentes palizas, que su padre alcohólico propinaba a su madre y al pequeño. Hechos traumáticos que algunos investigadores han esgrimido como causa de su ira, pero que no son suficientes para justificar en qué acabaría convirtiéndose aquel joven de mirada desconfiada.

En 1897, con ocho años, Adolf asistió a la escuela de Lambach, donde obtuvo, gracias a su voz «clara y bella», que más tarde se convertiría en combativa y estridente, un puesto en el coro infantil del Convento de los Benedictinos de este edificio sacro. Fue en aquel monasterio, alejado del mundanal ruido que más adelante le atronaría los oídos en Viena y después en Berlín, donde el joven austríaco se encontró por vez primera con el que acabaría por ser el símbolo mágico de su ideario: la esvástica. Se hallaba en el blasón de la Fundación, tallada en las paredes de la sacristía sobre un fondo claro, y al verla, Adolf se quedó «hipnotizado» por su magnetismo.

Alois, tras el infierno que había hecho pasar a su familia, murió, posiblemente de un derrame pleural, la mañana del 3 de enero de 1903, a los sesenta y cinco años, mientras se encontraba, como solía, en la cafetería Gasthaus Wiesinger, que aún conserva el sillón sobre el que colocaron su cuerpo mientras esperaban a los sanitarios. Aquel hombre de bigotes al estilo «imperial», duras facciones y mirada que parecía odiar todo lo que le rodeaba, según se desprende de las pocas instantáneas que de él se conservan, habría pasado sin pena ni gloria al desván de la historia de no haber engendrado a uno de los personajes más terribles de la humanidad. Que no es poco.

Contrariamente a lo que se encargaría de divulgar la propaganda nazi, a la muerte de Alois, el resto de la familia no vivió en la miseria, y Hitler recibió especial atención y cariño de su progenitora. Según uno de los mejores biógrafos del Führer, Ian Kershaw, que, como la mayoría de los historiadores ortodoxos, ha pasado de puntillas por los muchos aspectos esotéricos del Tercer Reich, Klara adquirió por aquel entonces un confortable piso en la Humboldtstrasse de Linz, adonde se mudó, con Adolf y Paula, junto a su hermana Johanna. Edmund había fallecido en

1900, antes de cumplir los seis años de edad, a causa del sarampión.

Hitler contaba trece años cuando cayó enfermo de neumonía, lo que le obligó a abandonar los estudios durante un año. Después decidió no volver a estudiar, y deambuló por Linz, la ciudad a orillas del Danubio, en compañía de su amigo August Kubizek, quien, en 1951 y tras rechazar varias ofertas anteriores, escribió unas reveladoras memorias sobre esos desconocidos años de Hitler, para la editorial austríaca Leopold Stocker Verlag. En ellas explicó que acudían juntos al teatro de la ópera, en Viena, donde, de pie, ya que no podían costearse un asiento, caían rendidos ante las epopeyas heroicas de Richard Wagner. *Sigfrido*, *Tristán e Isolda*, *Parsifal* o la tetralogía *El anillo del nibelungo* marcaron profundamente el carácter del joven Hitler, pero fue tras ver *Rienzi*, también de Wagner (una de las óperas más largas del compositor y más tarde denostada por éste), cuando sufrió una especie de transformación mística; desde aquel día no volvería a ser el mismo.

La obra, tercera de la creación operística del autor, es una adaptación de la novela homónima y narra la historia de Cola di Rienzi, un líder popular (cuyo verdadero nombre era Niccolò Gabrini, a menudo llamado «el último de los romanos») que vivió en la Italia del medievo y que se enfrentó abiertamente y con gran valentía a la tiranía de los mandatarios de Roma para entregar el poder al pueblo. Así, Hitler comenzó ya desde temprana edad a creer que también él podía erigirse en un héroe que llevase al pueblo oprimido hacia la salvación, como le espetaría a un asombrado Kubizek. Éste recuerda en sus *Memorias* las extrañas poses y la absorta mirada de Hitler; los ensayos de discursos, que continuaría realizando toda su vida, y sus palabras siniestramente proféticas. Precisamente, años más tarde, el propio Adolf confesó a sus allegados, hablando de aquella ópera, que «allí empezó todo».

Paradójicamente, parece que el «visionario» Rienzi y el «visionario» Hitler compartieron un destino común: primero un héroe para el pueblo, Cola di Rienzi acabó abrazando la tiranía que tanto denostaba, y su final, sepultado entre los cimientos de un

Capitolio reducido a cenizas por el pueblo, recuerda no poco al del propio Hitler en las postrimerías del régimen nazi, en su búnker berlinés. Curiosamente, la nuera de Wagner, Winifred Wagner, ferviente nazi, le regaló a Hitler el manuscrito original de *Rienzi*, que acabó quemándose también en el Führerbunker. Hasta sus últimos momentos, el dictador alemán mostró una devoción rayana en la locura hacia el responsable de hacer cabalgar a las valquirias a un ritmo triunfalista.

Otra anécdota relacionada con el entorno «ocultista» de Hitler es que el libreto de *Rienzi* estaba basado en una novela histórica sobre la Roma medieval escrita por el célebre ocultista y autor inglés lord Edward Bulwer-Lytton, conocido principalmente por la obra *Los últimos días de Pompeya*, y autor de populares novelas de tintes ocultistas, como *Zanoni* y *Vril: la raza venidera*, esta última inspiradora de una sociedad secreta del mismo nombre, a medio camino entre la realidad y la leyenda, que volverá a aparecer más adelante.

Pero volviendo a Linz, en aquellos tiempos, según el mismo Hitler recordaría, además de impregnarse de las óperas barrocas, devoró textos sobre historia y mitología germánicas, que le convirtieron, ya en la adolescencia, en un ardiente nacionalista, junto con textos antisemitas y numerosas obras sobre religión y ocultismo.

Sería poco acertado, casi una ofensa para el lector, narrar con detalle la historia de un personaje del que existen minuciosas y documentadas biografías, traducidas prácticamente a todos los idiomas, y en cuya composición los más reputados investigadores, tanto del campo de la historia como de la sociología o la psiquiatría, muchos de ellos citados en este trabajo, han invertido casi toda su trayectoria profesional, pasando incontables horas entre montañas de documentos. Sólo me centraré, por tanto, en aquellos episodios que tienen especial relevancia en la forja de la mentalidad de Hitler y en aquellos claramente relacionados con lo oculto o lo místico, que no son pocos, decisivos para la historia que sólo estamos comenzando a narrar.

Volvamos, pues, a los episodios fundamentales de su devenir vital. En septiembre de 1907 viajó a Viena, empeñado en labrar-

se una carrera artística en pintura o arquitectura, tarea en la que, como es harto conocido, fracasó. De este fracaso culpó a una supuesta conspiración judía, con la que se había familiarizado a través de la lectura de opúsculos antisemitas y ocultistas.

Por aquel entonces, Hitler se enteró de que su madre se hallaba gravemente enferma de cáncer y regresó a Linz para estar a su lado. A Klara la estaba tratando el médico judío de la familia, el doctor Eduard Bloch, quien les comunicó que ésta tenía escasas posibilidades de sobrevivir. Adolf quedó muy afectado, y hay quien ha querido ver en este episodio el origen de su antisemitismo, ya que culpó al facultativo de no haber hecho todo lo posible por salvar a su madre. No parece probable que ése fuera el origen de su postura, aunque quizá contribuyera a radicalizarla aún más. Por ejemplo, el historiador Rudolph Binion sostenía que el origen del antisemitismo de Hitler se hallaba en el descubrimiento de las notas en código del propio Bloch, una hipótesis que no ha tenido demasiado apoyo y que, aunque nadie ponga en tela de juicio la profesionalidad de Binion, roza lo esperpéntico.

Así, inevitablemente, el 21 de diciembre de 1908 fallecía Klara Pözl. Aquél fue un duro golpe para Hitler. Repuesto de la pérdida, viajó de nuevo a la capital imperial, y allí comenzó a leer con avidez publicaciones antisemitas, muchas de ellas elaboradas por los círculos pseudoesotéricos que vivieron un gran auge en la época de entreguerras y marcaron la mentalidad de algunos de los futuros nazis. Estos círculos distribuían panfletos y publicaciones que combinaban un pasado mítico con el ocultismo y un fuerte antisemitismo, conceptos que se mezclaron en la mente de Hitler para desembocar en una peligrosa ideología.

A mediados de 1909, la escasez de dinero le obligó prácticamente a mendigar y tuvo que recurrir al asilo nocturno de Meidling y a los comedores sociales. A diferencia de aquellos que frecuentaban los mismos lugares marginales y asilos nocturnos que él, Hitler no bebía, no jugaba, ya no fumaba y parece que evitaba el contacto con mujeres. Prefería pasar la noche devorando libros, como en los tiempos de Linz.

Levenda señala que fue en la capital imperial, en una fecha imprecisa de 1909, cuando Hitler se entrevistó con Lanz von Lie-

benfels, líder de la Orden de los Nuevos Templarios, místico, ocultista y antisemita, en la oficina del fundador de la feroz publicación racista y nacionalista *Ostara*. El líder de la ONT recordaría más tarde que el joven Hitler parecía tan perturbado y pobre que el neotemplario le regaló unos números atrasados de su publicación (de la que, al parecer, Hitler era lector asiduo) y algo de dinero en metálico para que cogiera el autobús de regreso. Este episodio, al margen del testimonio en primera persona del propio escritor *völkisch*, no se ha podido corroborar por ninguna otra fuente y nunca fue mencionado, al menos públicamente, por el propio líder nazi.

Si vamos unos años atrás, una historia, que bien podría ser apócrifa, narra que durante la estancia de un Hitler aún niño en Lambach, visitó la importante biblioteca de ese convento nada menos que Liebenfels, y se produjo el primer encuentro entre ambos personajes. Es poco probable que el místico realizase aquella «excursión», y menos precisamente cuando Adolf se hallaba allí. Sería demasiada coincidencia. Y es aún menos probable que un niño de sólo ocho años mantuviese algún tipo de conversación de corte místico con un iluminado en cuyo castillo austríaco, Burg Werfenstein, ondeó, eso sí, a partir de 1907, una bandera que lucía una esvástica solar, emblema de la ONT y otros grupos nacionalistas.

Con los años, fue precisamente Liebenfels quien alabó la ascensión al poder de Hitler en Alemania, calificándola como una señal del gran poder oculto «que se extendía por el mundo bajo el signo de la esvástica»; elogios que duraron hasta que Liebenfels, como les sucedió a otros entusiastas de los primeros tiempos del régimen nacionalsocialista, fue silenciado por los propios nazis en 1938, tras la anexión de Austria.

El 1 de enero de 1910, a punto de cumplir los veintiún años, Adolf debía presentarse en un centro de reclutamiento para realizar el servicio militar obligatorio. No lo hizo, según él mismo explicaría más tarde, «por su negativa a servir con las armas al Estado de los Habsburgo», a quienes consideraba, como a los judíos o al Vaticano, enemigos de Alemania.

En los años anteriores a la primera guerra mundial y tras la muerte de su madre, Hitler vivió en la pobreza en Viena y fue

dando evasivas al mando austríaco, que le conminaba a cumplir con el obligado servicio militar. El mismo hombre que pondría en jaque a media Europa con su «guerra relámpago», pretendía eludir su responsabilidad patriótica. A la larga, tendría su propio espacio en un albergue para hombres, donde, después de ser despedido, se le dio un cuarto pequeño y limpio para él solo. Luego se las arregló, según Peter Levenda, para comprar algunas pinturas de agua, y haciendo gala de su «creatividad», pintó escenas de iglesias y paisajes locales, creaciones que un amigo le vendía por las calles, paradójicamente, en su mayor parte a clientes judíos.

Alrededor de 1911, Hitler conoció a un residente del albergue masculino llamado Josef Greiner, un farolero desempleado, con quien el austríaco pasaría horas discutiendo conocimientos arcanos de temas como la astrología, la religión o las ciencias ocultas, según recoge el historiador John Toland. Greiner, en sus memorias, publicadas en Zúrich en 1947, muy poco después del final de la guerra, bajo el título de *Das Ende der Hitler-Mythos* («El fin del mito de Hitler», no traducidas al español), apunta que: «Hitler estaba fascinado con las historias de yoga y los resultados mágicos de los faquires hindúes. Leyó con entusiasmo los libros de viajes del explorador sueco Sven Hedin,* quien abrió rutas a través del Himalaya en busca de los Shangri-La tibetanos».

Hay pruebas de que Hitler también mostró un cierto interés por teorías heterodoxas como la del hielo cósmico, de Hans Hörbiger, que intentarían demostrar algunos guardias negros de las SS en un misterioso viaje al Tíbet en 1939, o la teoría de la tierra hueca, hipótesis que hoy están consideradas como meras extravagancias pseudocientíficas.

* Uno de los más célebres exploradores suecos. Además de ser elogiado por Hitler y Himmler, cautivó al Ernst Schäffer, SS que dirigió la expedición alemana al Tíbet ordenada por el Reichsführer. A pesar de sus hazañas y su popularidad, y de ser judío (su bisabuelo había sido rabino), sobre Hedin planea la sombra de haber apoyado el nazismo, por situarse junto a Hitler en el podio de las Olimpiadas de 1936 y, principalmente, por haber estado directamente relacionado con la Ahnenerbe, una de las organizaciones nazis más temibles.

Pero, al margen del ocultismo, volvamos al ambiente político y social que se respiraba por aquel entonces en Centroeuropa y que sería también decisivo en la forja de la mentalidad de Hitler. En aquellos tiempos, el comunismo y los movimientos sindicales iban ganando poder, y Hitler llegó a afirmar que tenía miedo del futuro y que veía enemigos por todas partes.

La capital imperial era un núcleo heterogéneo de razas y nacionalidades en el que abundaban los judíos y en el que la opulencia de las clases altas contrastaba marcadamente con la pobreza de una gran parte de la población. En tal ambiente no fue extraño que el antisemitismo que llevaba siglos latente en Europa, y principalmente en Austria y Alemania, resurgiera hasta tal punto que muchos sectores de la población comenzaron a ver en el pueblo hebreo una amenaza en forma de asesinatos y violaciones, lo que recuerda a los sinsentidos del medievo, cuando se les culpó de propagar la peste negra al envenenar los pozos de la cristiandad. Tales mentiras quizá se pudieran justificar por la mentalidad arcaica de los siglos oscuros, pero parecía imposible que se dieran en pleno siglo xx.

Esos miedos raciales que convertían a los judíos en el objetivo de todas las iras, acabaron convirtiéndose en una peligrosa ideología, plasmada en escritos, panfletos políticos y esotéricos que dejarían una impronta terrible en el carácter de muchos fanáticos, entre ellos nuestro protagonista.

La forja de un carácter inestable y vengativo

El 5 de enero de 1914, Hitler fue declarado «inútil para el servicio militar», poco antes de que el Viejo Continente se sumiera en la primera gran sangría del siglo xx. El 28 de junio de ese año fue asesinado, en Sarajevo, el heredero al trono del imperio austrohúngaro, Francisco Fernando de Austria, a manos, al parecer, de un miembro de una sociedad secreta conocida como La Mano Negra. Ése fue el detonante de la primera guerra mundial, que pronto se conocería como la Gran Guerra, pues nadie pensaba que un conflicto de aún mayores proporciones pudiera volver a desencadenarse.

Una fotografía para la historia muestra a un jovencísimo Adolf Hitler, que ya lucía su característico bigote, en medio de una gran multitud, entusiasmado en la Plaza de la Ópera de Múnich tras la declaración de guerra. Todos entonaban *La guardia del Rin*, sin sospechar que lo que le esperaba al otrora grandioso imperio era la derrota.

Esa guerra sirvió a Adolf Hitler para realizar el primer acto relevante de su vida: cuando formaba parte del decimosexto Regimiento de Reserva o List, obtuvo la cruz de hierro de primera y segunda clase por su actuación en combate (aunque esto quizá fuera fruto, décadas después, de la eficiente maquinaria propagandística nazi, que posiblemente manipulara su expediente militar). Entre sus compañeros se mostró como un joven reservado, de hábitos casi monacales, pero, como recordarían algunos de ellos más tarde, ya estaba convencido de que el destino le tenía reservada una importante misión que cumplir.

En esa conflagración, Hitler, que en *Mein Kampf* vería la paz como algo nocivo para la humanidad y glorificaría la guerra, encontró la oportunidad anhelada de convertirse en un hombre y salir del estado de abandono en el que se hallaba. Tenía veinticinco años, y el 3 de agosto envió una súplica al rey de Baviera para enrolarse como voluntario, ya que aún no poseía la nacionalidad alemana.

Según John Toland, Hitler, obsesionado por algunas de sus ideas ocultistas, escribió un poema en el otoño de 1915, mientras se hallaba en las trincheras, aterido de frío y atenazado por el hambre, como el resto de sus compañeros de batallón. En esos versos cantaba alabanzas a Wotan, el dios padre de la mitología teutona, y a las letras rúnicas, con sus conjuros y fórmulas mágicas.

No obstante, con los años, Adi (como le conocían en el ejército) mostró una mayor devoción por las culturas mediterráneas de la Antigüedad clásica, griega y romana, y la fascinación por las runas, la «escritura mágica» del Tercer Reich, quedaría como campo prácticamente exclusivo de las SS de Himmler y de los místicos cercanos al Movimiento.